

Abogados y economistas en la América Latina.

A propósito de La internacionalización de las luchas por el poder. La competencia entre abogados y economistas por transformar los estados latinoamericanos, ILSA, Bogotá, 2002, por Yves **Dezalay** and Bryant G. **Garth**-

Salomón Kalmanovitz

Introducción

Me corresponde debatir del libro de Dezalay y Garth algunas de las ideas que hace 30 años surgieron en Colombia sobre la dependencia. Hoy el debate no es con Mario Arrubla sino con nuevos padrinos intelectuales como Enmanuel Wallerstein, quien se dedicó a comprobar las tesis de André Gunder Frank y a aplicarlas a una historia mundial o por Pierre Bourdieu quien desarrolla su teoría de los campos del poder y se pronuncia como crítico feroz del neoliberalismo y de lo que llama “la razón imperialista”. También Michel Foucault con sus manifiestos contra el castigo, la represión sexual y la represión de la locura ha ganado importancia en todo lo que se conoce como estudios culturales. Estos tres exponentes contemporáneos han inspirado a Dezalay y Garth en su trabajo sobre el papel jugado por abogados y economistas en las reformas latinoamericanas.

Una cuestión de método

Los conceptos de importadores y exportadores de las ideologías dominantes que utilizan Garth y Dezalay en su trabajo sobre abogados y economistas frente a las reformas propuestas (impuestas) por el consenso de Washington acuden a una lógica funcionalista de que si algo les conviene a los beneficiarios es que ellos mismos lo han ejecutado o lo han propiciado. Encuentran de esta manera adaptan sus roles para lograr la mayor penetración de los negocios imperialistas, la adecuación del sistema de ley para permitir la máxima movilidad de los capitales y los derechos humanos como el costo menor de la democracia liberal que también resultan impuestos por las ONG del imperio. Este impone la “falsa” economía neo-liberal que atenta contra la “verdadera” economía nacionalista, mientras que el viejo derecho centralista, adaptado de Francia en la América Latina, pierde terreno frente al derecho de la descentralización política y administrativa y de los derechos humanos propuesto (impuesto) por las universidades y fundaciones norteamericanas. Dezalay y Garth encuentran en cuatro países latinoamericanos un substrato favorable a los intereses norteamericanos que les permite sobre-determinar tanto el derecho como la economía a su favor.

Yo quiero comenzar exponiendo una crítica metodológica a los autores del trabajo, basándome en el filósofo Jon Elster quien tiene una extensa obra en la filosofía de las ciencias sociales. Elster critica una forma de razonar que tiene amplia acogida dentro de las tendencias marxistas pero también en la tradición

jacobina francesa, que es también atractiva para todos los movimientos nacionalistas y de izquierda del mundo. Elster lo llama “la búsqueda obsesiva por el significado” en todo fenómeno, ya sea encontrándolo o creándolo. Si el investigador encuentra un patrón de eventos que genera un resultado bueno o malo para un agente, pasa a otorgarle significado a ese patrón y de contera le halla una explicación.

La pregunta que se hace Elster es si es aceptable explicar unos eventos mediante sus aparentes consecuencias. Esta forma de pensar está asociada al funcionalismo primitivo en ciencias sociales y a la idea de que existen fuerzas obscuras (o resplandecientes) detrás de todos los fenómenos que siniestra (o milagrosamente) regulan la existencia. No hay una aceptación de la posibilidad de que los eventos estén desconectados entre sí, de que sean expresión desordenada de intereses contrapuestos y carentes de significado. Sobre todo, los analistas que encuentran la siniestralidad en las estructuras sociales no se preocupan por establecer los mecanismos de transmisión entre los eventos y sus consecuencias. Se trata de fines pero sin sujetos que los lleven a cabo. “Se trata de predicados que solamente tienen objetos, nunca sujetos.”¹

Elster se refiere a Michel Foucault en su obsesión por encontrar que detrás del crimen y su castigo está la sociedad criminalizando a los hombres que necesita para hacerlos chivos expiatorios y que ninguno de ellos es en el fondo culpable sino que ha sido escogido como víctima ritual de la sociedad. Elster llama la atención de que se emplean varias formas de justificar las explicaciones que hacen ver a la sociedad (o al imperialismo o al neoliberalismo) como un organismo que tiene fines muy claros, que son ejecutados fríamente, aunque no se identifica al sujeto ejecutor.²

La teoría de los campos de poder de Bourdieu es un corte transversal del conflicto, donde se disputan distintos tipos de capital o privilegios, todo sucediendo bajo la voluntad del más poderoso. La aplicación del concepto por Dezalay y Garth sigue siendo funcional y manipulativa. Una de las muchas muletillas en su texto es la de “no debe sorprender entonces” porque evidentemente se trata de un ordenamiento cuidadosamente planeado por los poderes superiores que aflora sistemáticamente en la superficie de los fenómenos, siendo supuestamente natural que así ocurra.

Otro problema serio que surge de la visión de Bourdieu y que repiten Dazalay y Garth es el de definir las ciencias como campos de poder, donde se relativiza su naturaleza de herramientas del conocimiento cuyos alcances pueden ser verificados con la experiencia y el pasaje del tiempo. No todos los conocimientos son relativos ni la función principal de la ciencia es la dominación. Se da un paso en la dirección de las tendencias posmodernas que

¹ Jon Elster, “Snobs”, reseña al libro de Pierre Bourdieu, **La distinción: Critique Sociales du Judgement**, London Review of Books. Nov. 5 1981.

² Jon Elster, **Sour Grapes**, Cambridge University Press, 1983, p. 105.

niegan la seriedad y el alcance de todas las ciencias, poniendo en un mismo plano todas las culturas, sus supersticiones y sus ciencias. Se lleva a definiciones perfectamente arbitrarias como decir que la enfermedad o la locura son invenciones de los médicos y a relativizar tanto las ciencias duras como las ciencias sociales más como ideologías o herramientas de dominación.

Se puede argumentar que el enfoque de Dezalay y Garth tiene dos grandes carencias: la primera es que no tiene en cuenta los antecedentes o sea no hay historia. Para el caso de América Latina hace imposible entender la naturaleza primero de un sistema centralista y semi-feudal, por no encontrar una mejor expresión, seguido de un capitalismo que se desarrolló sin una revolución democrática y sin una reforma religiosa. Fueron frecuentes regímenes corporativos y dictatoriales que atropellaron tanto los derechos de propiedad privada como los derechos humanos de la población haciendo colapsar frecuentemente la marcha de la acumulación de capital con políticas improvidentes y aventureras.

La segunda carencia, derivada de lo anterior, es que surgen las necesidades del régimen capitalista para avanzar en su proceso de acumulación ordenado y sostenible en el tiempo o sea se da una convergencia entre los intereses de algunas de las capas interiores de empresarios y clases medias y los de los países capitalistas desarrollados. En ausencia de estos procesos dinámicos que son históricos y que reflejan unos intereses locales, se tiene el esquema de Dezalay y Garth donde los países dominantes exportan su conocimiento y los débiles lo importan, deslumbrados por su brillo superior. En los segundos hay un vacío social, carente de clases, grupos de interés en pugna o sea no hay política.

Elster mismo se refiere al enfoque funcionalista en oposición a la visión de la historia como un proceso, parafraseando a Shakespeare, “lleno de sonido, pasión y furia, que significa nada”. Los funcionalistas ven la historia como una fría manipulación por parte de los actores más poderosos. No cabe que los agentes se puedan mover por hondas convicciones ideológicas y religiosas, y que estos impulsos expliquen una parte importante del comportamiento social. Son también estos elementos los que conducen a conflictos no manipulables y a que los poderes del norte no puedan controlar la política de muchos países que se han ido hacia el nacionalismo (en gracia, Chávez) o se han hundido en crisis irremediables con enormes pérdidas para sus capitales invertidos en ellos (Argentina).

Aunque la mencionan, Dezalay y Garth no sacan todas las implicaciones de la crisis económica chilena de 1981-1983 que hizo quedar mal a los asesores de la Universidad de Chicago, incluyendo a su plana mayor – Milton Friedman y Arnold Harberger – quienes habían aconsejado una tasa de cambio fija y una desinflación de choque. Lo que surgió después de la crisis en Chile fue un consenso académico más heterodoxo con elementos derivados de su

experiencia que incluyeron una desinflación gradual y una banda cambiaria que fueron exitosas en propiciar un crecimiento muy rápido, al mismo tiempo que se reducía gradualmente la inflación y se elevaban los salarios reales de los trabajadores. El gobierno produjo superávits fiscales y todo el ahorro se fue a financiar las exportaciones nuevas del país hacia Asia y los Estados Unidos. Hasta el día de hoy, Chile es el país más independiente del continente frente a las agencias multilaterales porque no tiene deuda pública externa y es el que mejor ha resistido los embates de la crisis internacional que se desató en 1998. Los chilenos fueron entonces buenos aprendices de la ciencia económica anglosajona y la supieron adaptar a las condiciones locales.

La economía neoliberal

La economía neoliberal es según Dezalay y Garth un producto de exportación “de un conocimiento especializado específico cuyos gérmenes se crearon alrededor de la economía de Chicago”. En el tratamiento de la economía es más versado el propio Bourdieu quien habla de la escuela neoclásica como constituyendo el núcleo de la teoría que tilda de reaccionaria. La Universidad de Chicago es ciertamente importante en el desarrollo de la economía neoclásica pero el campo es muy vasto e incluye miles de instituciones y economistas que aportaron sus contribuciones durante los siglos XIX y XX, tanto europeos (Walras, Pareto, Marshall, Hayek, Von Mises) como norteamericanos (demasiado numerosos como para citarlos), donde la escuela de Chicago (Milton Friedman y Gary Becker) hicieron un quiebre contra la hegemonía de la síntesis neoclásica-keynesiana en los años setenta y ochenta del siglo pasado, al insistir en que la inflación era siempre un fenómeno monetario. Los keynesianos de entonces habían propiciado inflaciones persistentes combinadas con recesiones que no respondían a las recetas derivadas de sus teorías, por lo cual la crítica de Friedman caló hondamente dentro de la profesión e influyó mucho en las políticas económicas de todos los gobiernos del mundo.

Sin embargo, la teoría monetarista tuvo sólo un corto auge como guía de las políticas de los países avanzados y del resto del mundo, siendo substituida por políticas monetarias y fiscales contra cíclicas que fueron, las primeras, creaciones de la propia práctica de los bancos centrales, y las segundas, todavía reflejo de la influencia keynesiana, que sin embargo aceptan que los excesos monetarios no inducen el crecimiento económico de largo plazo pero sí reducen la fe pública en la moneda y desatan procesos inflacionarios desestabilizadores. El compilador más destacable de la política monetaria con objetivo de meta de inflación fue Ben Bernanke³, política que se basa en apretar la oferta monetaria en la parte de auge del ciclo y de mayor inflación y aumentar la cantidad de dinero en recesiones, cuando la inflación se reduce incluso demasiado.

³ Cfr. Junto con otros, **Inflation Targeting: Lessons from the International Experience**, Princeton: Princeton University Press, 1999.

Mientras en los países avanzados la inflación en los años setenta del siglo XX entró en el terreno de los dos dígitos, en América Latina se fue a los 3 (Chile en 1973) y 4 dígitos (Brasil, Argentina, Perú que alcanzó el 7000 en 1990 y Bolivia el 23.000%). Impulsados por visiones keynesianas exuberantes y populistas, estas políticas culminaron en hiperinflaciones, colapsos del crecimiento y expropiaciones masivas de las clases medias, licuación de las pensiones y quiebras de los gobiernos y las empresas endeudadas en dólares. Las prácticas aludidas se desprestigiaron solas y mostraron nuevamente la superioridad de las ideas de la economía neo-clásica para mantener las economías relativamente estabilizadas, abriéndole el camino a las reformas que han sido adjetivadas como neoliberales. Por eso es que el tal consenso de Washington fue aceptado en todas partes. Piénsese que las ideas neo-clásicas llevaban más de un siglo de desarrollo continuo y solo en los años noventa “logran” imponerse en América Latina, contra la visión iniciada por Prebisch y la Cepal en los cuarenta de un modelo corporativo y proteccionista de desarrollo, al cual se le añadió posteriormente el activismo monetario. Esta fue la teoría dominante y la que dirigió las políticas económicas de todo el continente hasta la crisis de la deuda de 1980.

No fue un simple complot ejecutado por el cerebro de Chicago que impartió órdenes a sus agentes diseminados por doquier, sino el convencimiento de todos los establecimientos de poder en el continente de que las políticas anti-liberales y ultra-expansionistas eran calamitosas. Así mismo, las facultades de economía con capacidad de autocrítica en la América Latina debieron re-absorber las ideas que tanto habían criticado y rechazado en las fases donde imperó el populismo monetario y las teorías autárquicas.

Si queremos ser rigurosos debemos definir cuidadosamente al neo-liberalismo. Me parece que es una visión más política que económica, que se impuso en los años 80 en Estados Unidos y en Inglaterra y cuyo lema central era reducir los impuestos a los ricos, achicar el Estado - acción justificada por su supuesto carácter parasitario y depredador - desreglar los mercados e intensificar la competencia internacional y entre empresas. La maximización de la utilidad, el libre cambio, la mayor eficiencia productiva, el cambio técnico incesante sin compensar a sus damnificados, la mano invisible, la tributación progresiva con representación, las responsabilidades del Estado por la educación de los ciudadanos, todas estas son viejas virtudes o vicios capitalistas que corresponden al liberalismo clásico y no tienen nada de nuevo. Pero aparecen y los críticos las tildan también de neoliberales. La falta de rigor en el uso del término neo-liberal como un adjetivo degradante ha confundido los términos del debate.

Lo que no analizan los autores son las necesidades que plantea no tanto el consenso de Washington sino el propio desarrollo capitalista del país importador de la tecnología. Es imposible que se profundicen los mercados financieros si existe inflación alta y volátil. Esta a su vez liquida los ahorros y

reduce los depósitos del sistema financiero. Sin ahorro financiero, se debilita la inversión y consecuentemente se reduce el crecimiento económico. Sin ahorro propio, el país y los agentes dependen del crédito externo que puede ser imposible de pagar si la inflación se transmite, como tiene que hacerlo, a la tasa de cambio. Cuando las universidades latinoamericanas enseñaban que la inflación era buena para el empleo, entonces el gobierno que quisiera evadir ese canto de sirenas no tenía incentivo para contratar a sus egresados sino lograr que sus técnicos se educaran en el rigorismo neoclásico anglosajón. Los profesores radicales condenaban a sus estudiantes al desempleo y a que no pudieran formar parte de la tecnocracia que diseñaba las políticas y hacía el análisis riguroso de la economía.

El ministro de hacienda que llevó la inflación al 7000 en Perú era ciertamente incompetente: favoreció a los deudores liquidando sus débitos, arruinó a millones de peruanos que tenían depósitos en su sistema financiero y empobreció a un país que ya era bastante pobre. El producto interno bruto peruano cayó 33% en 5 años. El gerente del Banco de la Reserva del Perú tenía en su oficina una gran gráfica que tenía en el eje vertical los precios y en el horizontal la cantidad de dinero. La relación entre los dos era una línea horizontal recta o sea que no había relación alguna. El lema de Friedman, “la inflación es siempre un fenómeno monetario” les entró a sus cabezas en la forma de tragedia. Las teorías que informan que el sector financiero es improductivo y merece liquidarse, iluminaban a los economistas de Alan García y efectivamente socavaron el escaso desarrollo capitalista de ese país; ninguna institución financiera va a contratar los egresados de las universidades que son indoctrinados en la necesidad que tienen los cristianos de castigar la usura, que no enseñan microeconomía ni al verdadero Keynes, y que tampoco enseñan matemáticas, econometría, a hacer programación macro-económica y financiera o a administrar los distintos instrumentos financieros.

Lo anterior no significa que las aplicaciones de la teoría neoclásica no puedan contener errores o sean imprevisivas, por ejemplo frente a la volatilidad de los flujos de capital internacional o por el velo de ignorancia que se auto-imponen frente al ciclo económico. Dentro de los teóricos neo-clásicos los hay que defienden tasas de cambio fijas, otros variables, aún otros semi-fijas y la flotación. Eso es parte de un debate académico en marcha, donde los consensos a veces favorecen a unos y otras veces a otros. Es de la naturaleza de la ciencia que sus practicantes no cuentan con un conocimiento absoluto sino que sus hipótesis pueden ser enfrentadas y superadas por orientaciones en competencia con las propias.

La crisis de Argentina se le carga al FMI pero la propuesta de cámara de conversión no estaba dentro de su caja de herramientas y tuvo una gestación que no surgió de su entraña. Si el señor Cavallo obtuvo una asesoría en este sentido y tomó la iniciativa, al FMI le pareció lo suficiente ortodoxa para admitirla. Pero así mismo el FMI admitía bandas cambiarias y flotaciones libres,

según la inclinación de sus países usuarios. Hay que definir además en qué sentido es errada una cámara de conversión que hay varias que funcionan bien, como la de Hong Kong que determina la tasa de cambio de la China continental. Pues bien, el instrumento parece funcionar muy bien cuando el país tiene un importante superávit comercial y sus flujos de capital son también excedentarios y pueden además ser intervenidos y frenados en momentos críticos, porque así se evita la revaluación de su moneda y se defiende la competitividad de sus exportaciones. Esta es la diferencia entre la China y la Argentina que se metió en un esquema cambiario inflexible sin las instituciones requeridas, sin condiciones adecuadas de costos de producción, de productividad y de disciplina fiscal, cuya única salida era liquidar calamitosamente el instrumento.

Sobre el tema de cómo la nueva economía neo-institucional ha ganado adeptos en las agencias multilaterales, Dezalay y Garth vuelven a priorizar las consecuencias para anular los contenidos y méritos de esta vertiente teórica. Quiero insistir en la idea de que la ciencia se desarrolla como un flujo de contribuciones en la forma de zigs zags, de tal modo que se puede considerar que los neoinstitucionalistas han revivido la economía política y han detallado los costos de transacción, incluyendo en ellos los de información, vigilancia y cumplimiento de los contratos que incluyen los honorarios de los abogados que litigan cuando estos se violan. Esta teoría es más un complemento que una crítica a la teoría neoclásica, aunque Douglass North es bastante reacio a utilizar su lógica en los temas políticos y también se aparta de los que fetichizan el libre mercado al establecer que los mercados solo se profundizan cuando están adecuadamente regulados por el Estado, que este es necesario para movilizar los recursos sociales y en este sentido puede ser una fuerza productiva considerable. En la noche académica de Dezalay y Garth todos los gatos y escuelas son pardos.

Algunos temas colombianos

Es notable que estudiando el problema de la transmisión del conocimiento los autores ignoren que muchas de las carencias en las ciencias sociales de la América Latina tienen que ver con el poder que pudo representar la Iglesia católica en el ordenamiento educativo y que colocara en su inmenso index de libros prohibidos todas las obras filosóficas de la ilustración, de la reforma protestante y del modernismo. Fueron rechazados Smith, Bentham, Ricardo, Hume, Mill, Darwin y Marx. Se hizo difícil la construcción de una tradición académica basada en el debate civilizado de las ideas. La misma forma sectaria de debatir, que conservamos hasta el día de hoy, ¿no tiene acaso un tufillo eclesial dispuesto a enviar el contrincante al infierno de la herejía? Eso me trae a un interrogante colombiano, peculiar porque fue uno de los pocos países donde el liberalismo salió derrotado de las contiendas del siglo XIX. Dezalay y Garth informan que en Chile y en Brasil las universidades católicas importan el conocimiento de la Universidad de Chicago, mientras en Colombia mantienen

la unión del derecho y de la economía y no es hasta recientemente que la economía anglosajona es enseñada en sus aulas. Incluso en 1973 la recién fundada facultad de sociología en la Universidad Javeriana fue clausurada después de una pacífica protesta estudiantil.

En la actualidad, son notables las voces anti-imperialistas y anti-neoliberales en los claustros eclesiales que son el nuevo frente de la vieja lucha contra la reforma protestante, mientras que su escaso entusiasmo por los métodos meritocráticos de selección de estudiantes, de profesores y de directivas les impide obtener un nivel académico alto frente a otras instituciones. En Chile la orden de los jesuitas había abandonado la administración de la Universidad Católica de Chile y se la había entregado a sus profesores que hicieron los contactos con la Universidad de Chicago para lograr un significativo aumento de su calidad académica. Se puede pensar también que para la Iglesia el enemigo mayor en Chile era el socialismo y en Brasil el populismo, lo cual las llevó a hacer estas alianzas, mientras que en Colombia el enemigo continúa siendo el mismo espíritu rebelde que dividió a la Iglesia en Europa durante el siglo XVII y llevó a Martín Lutero a clavar en el pórtico de la iglesia de Todos los Santos de Wittenberg sus 95 Tesis o proposiciones escritas en latín contra la venta de indulgencias por el Vaticano.

Si en Colombia en los claustros públicos se enseñaba en los años 60 marxismo y ciencias sociales radicalizadas – ahí hay una historia sobre la Fundación Ford financiando la implantación de la carrera de Sociología en la UN que contó con la participación de Camilo Torres – para después ser expulsada por un movimiento nacionalista que terminó implantando una sociología weberiana bastante conservadora. En la Universidad del Valle se dio un proceso de modernización; ella contaba con una facultad de medicina que investigaba enfermedades tropicales, financiada por la fundación Rockefeller que fuera expulsada por un movimiento estudiantil del que algunos de sus miembros, compañeros míos de militancia, sepultaron recientemente a la universidad en los vicios del clientelismo y de la corrupción. En la Universidad Nacional el CID contó con financiamiento de la Ford entre 1968 y 1970 que permitió adelantar la obra de Lauchlin Currie y Albert Berry, entre otros, que después recobramos para el pueblo y que no hizo mayor cosa durante 15 años. Era obvio que estas fueron inversiones fallidas, fracasos protuberante del proceso supuestamente manipulativo que nos han descrito Dezalay y Garth.

Las necesidades de una economía que sus capas dirigentes pensaron que no debía caer en las manos de funcionarios incompetentes que la condujeran al terreno de la hiperinflación, los llevaron entonces a dejar de apoyar a las universidades públicas y favorecer a las privadas. En el terreno de la economía, algunas capas empresariales modernas apoyaron a la Universidad de los Andes y a la fundación de estudios Fedesarrollo para impartir un conocimiento más responsable del que inculcábamos en las universidades públicas. Se frustraron

así las ambiciones de ascenso social que tenían las capas medias con acceso a la educación impartida por el Estado.

Mientras tanto el Banco de la República, la Fundación Fulbright y el Consejo Británico repartían becas que eran capturadas por los egresados de los Andes por la doble razón de estar mejor preparados en matemáticas y economía y, quizás más importante, por dominar el inglés. En la universidad pública el inglés era el idioma del diablo y era rechazada radicalmente su enseñanza. En economía de la UN, un grupo de profesores nos pusimos a exigir lecturas en inglés para poder asomarnos a la ventana del conocimiento económico y a propiciar una mejor enseñanza del idioma en que se consignan sus avances por la universidad y eso permitió que algunos de nuestros egresados capturaran algunas de esas becas y se fueran a hacer postgrados pero a Inglaterra y no a Estados Unidos porque podían ser discriminados si traían un título norteamericano. La fuerza de la UN es su gran departamento de matemáticas y economía lo comenzó a aprovechar crecientemente en los últimos 10 años, lo cual ha mejorado el perfil de sus egresados y sus oportunidades en el mercado de los institutos públicos. Si la universidad politiza a sus egresados en contra de las políticas serias y responsables pues va a fomentar el desempleo o el empleo mal remunerado entre sus egresados.

El gremio de los economistas colombianos entretanto intentaba restringir la profesión a los estudios que se hacían en el país, haciendo difícil y compleja la homologación de los títulos, por ejemplo aduciendo que la carrera nacional veían 12 materias en ciclos anuales y la de Estados Unidos solo 5 en pregrado y 3 en postgrado, concluyendo que lo nuestro era lo mejor. También se defendía el título de “doctor” en ciencias jurídicas y económicas que se otorgaban sobre pregrados de 5 años de duración y se confundía en los estratos judiciales el grado de Ph.D. con estudios en filosofía.

En derecho la situación es más lamentable. Parece que se trata de una carrera para personas ineptas para las matemáticas, excepto en la Universidad de los Andes y en el Externado, las mejores facultades del país. La tradición es hispánico francesa y también beligerantemente anti-anglosajona. La mayor parte de los egresados sale de las aulas nocturnas que tienen un nivel mínimo de exigencia y, sin embargo, llenan muchos de las posiciones de jueces y fiscales. En lo que toca a la universidad pública, conozco a un decano de la Universidad Nacional que no ocultaba el no saber derecho pero además lo despreciaba como profesión académica, intentando desplazarlo por una ciencia política radical, carente de cualquier demanda social. Parece que la única especialización aceptada era la del derecho laboral, rechazando el derecho constitucional, el civil y sobre todo el económico. En tiempos más recientes la facultad intenta introducir el rigor de la filosofía del lenguaje al derecho y la idea de que los abogados y los constitucionalistas conozcan de las consecuencias económicas que pueden tener los fallos judiciales. Pero la situación ha llevado a que los egresados en derecho de la Universidad Nacional

estén en desventaja y no puedan acceder a los puestos de dirección en el sistema de justicia ni en la conducción de las políticas públicas.

Es claro que si la política define quienes son las directivas de la Universidad pública, pronto se llegará a un punto donde los profesores meritorios son desplazados por los de la misma rosca a la que pertenecen las directivas y de esta manera se socava la calidad académica de la institución. La Universidad Nacional ha tenido tradicionalmente una fuerte capa de profesores comprometidos con la academia, pero han tenido que competir contra los activistas políticos. Lo anterior sumada al hecho de que era una institución multi-clasista garantizó por muchos años una alta calidad académica de la institución en los campos de la ciencia y de las artes y le permitió ser el semillero intelectual del partido liberal. Ahora es más homogénea en términos sociales. El avance de los políticos puede resquebrajar las resistencias de los académicos y dar al traste con esa calidad. Los egresados se verán entonces recluidos en los sectores informales de la economía o serán resortes de las maquinarias clientelistas. Algunos más se verán atraídos por la lucha armada ante la falta de oportunidades a que los condenó la mala educación recibida.

El tratamiento de los abogados de los derechos humanos por parte de Dezalay y Garth vuelve a ser manipulativo y no les da crédito a personas que tienen una genuina vocación de servicio y que son vistos por ellos como marionetas de los centros de poder liberales del norte. Un ejemplo colombiano que puedo sugerir en contra de esta visión es Carlos Gaviria, quien hizo un postgrado en Harvard y fue un defensor de unos derechos tradicionalmente muy débiles en el país cuando fue magistrado de la Corte Constitucional: la eutanasia, los derechos de los homosexuales y el consumo personal de drogas. Ojalá hubiera recibido un entrenamiento en derecho económico que mucha falta le hizo en algunas de las decisiones que le correspondió tomar. Pero en general, me parece de un gran beneficio del país que la defensa de los derechos humanos, que es la otra cara de la libertad económica, sea impulsada por los centros de poder. Estoy de acuerdo con Dezalay y Garth de que no los impulsan tanto como las ideas de libertad económica y de técnicas de manejo monetario y macroeconómico. Me parece que los autores no investigaron que muchas de las ONGs que laboran en el país en la defensa de los derechos humanos, por el pacifismo y por la tolerancia religiosa son financiadas por organizaciones religiosas, la mayor parte de ellas protestantes, pero también católicas de los países ricos. Nuevamente me parece que el país gana mucho con el trabajo de estas organizaciones y de sus motivados integrantes.

En forma similar la noción de derecho de empresa y de derechos humanos no solo es funcional a los intereses norteamericanos sino útiles para el desarrollo local de las empresas y para la profundización de la democracia en un continente cuya herencia hispánica y católica, sumada a tantos experimentos corporativos y dictatoriales, ha sido bastante hostil al liberalismo y a los derechos humanos. Pinochet quiso tener liberalismo económico sin liberalismo

político y eso no era sostenible. El capitalismo requiere de un sistema político de derechos universales que respete los de la propiedad, pero que también defienda los derechos humanos si quiere tener una sucesión ordenada en su sistema político, un respeto generalizado por la ley y una resolución pacífica de los conflictos que genera su funcionamiento. Eso es también evidente patrimonio del capitalismo europeo. Es claro además que en los Estados Unidos, como en todo país capitalista, coexisten vertientes ideológicas de derecha, centro y de izquierda y los portadores de esos conocimientos pueden ser y han sido impulsores de ideas libertarias frente a la tradición hispanoamericana centralista y autoritaria.

Dezalay y Garth no aceptan que las ciencias en general y las sociales en particular tienen una autonomía frente al poder, que es indispensable para que puedan ser relativamente objetivas y útiles. Eso lo conocen los capitalistas y lo han aceptado en todos los países desarrollados al otorgarle independencia y auto-manejo a los centros académicos. Las universidades buenas son gobernadas por sus profesores, de Harvard a la Universidad Nacional. Lo pierden de vista los regímenes autocráticos que se caracterizan por purgar a los académicos que no estén de acuerdo con sus cortas ideas.

Para Dezalay y Garth la matemática es una herramienta sinuosa con que los economistas aplastan opositores, aunque no es más que la formalización de un número limitado de variables, cuyo comportamiento puede ser evaluado mediante pruebas estadísticas. En muchos casos conduce a resultados más veraces que utilizando las intuiciones generalizadoras que utilizan cada vez menos los científicos sociales contemporáneos. Me parece ridículo decir que los fundadores de la economía de la Universidad de Chicago desarrollaron las matemáticas porque eran inmigrantes de primera y segunda generación, marginales, que se asociaron con miembros minoritarios del partido republicano (¿Rockefeller?).⁴ Por el contrario, se puede decir que desarrollaron sus ideas y sus talentos de acuerdo con lo que ellos percibían como las necesidades de la ciencia que habían abrazado como vocación. Lograron contribuir a elaborar paradigmas simples y poderosos que han producido muchos buenos resultados y pronósticos.

En resumen, las ideas propuestas en el libro de Dezalay y Garth hacen parte del campo de los estudios culturales que a mi me parece infértil, ideologizado y carente de elementos que le presten rigurosidad, ya sea la formalización matemática o la posibilidad de probar sus hipótesis mediante la comprobación empírica de los comportamientos de las variables que analizan, utilizando la estadística y sus métodos matemáticos. También creo que es necesario criticar

⁴ Louis Menand, **The Metaphysical Club**, donde se hace la historia de las ideas impulsadas por la teoría de la evolución de Darwin y que sólo pudieron consolidarse después de la guerra civil de 1864. En particular, fue interesante la forma como las universidades privadas, entre ellas la de Chicago, ganaron autonomía frente al poder político y económico.

la concepción siniestra de las ciencias y en particular de la historia, al tiempo que se hace abstracción de la misma historia.